

Aquel Día...



AN PRONTO hube terminado con la presentación como comandante de la escampavía, el Gobernador Marítimo dio instrucciones para hacerme a la mar apenas llegara a bordo un alto personaje del gobierno y su familia, a quienes debería llevar a cierto puerto de Isla Grande. Se trataba de un distinguido Secretario de Estado, oriundo de Chiloé, nacido y criado en una apacible caleta austral, en donde aún conservaba la casa de sus antepasados, tranquilo rincón al cual gustaba regresar año tras año en busca de un merecido descanso. Esta vez, esperaba permanecer unos diez días alejado del ajetreo santiaguino al cual no se podía acostumbrar.

Por
Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de fragata (R.)
Armada de Chile

Impartí las órdenes del caso y, como primera providencia, dispuse que mi eficientísimo e inolvidable mayordomo Valdovinos se trasladara a tierra en busca de elementos para preparar un almuerzo acorde a las circunstancias. Para él no era difícil obtener en Angelmó esos exquisitos productos de la región, ostras, erizos, centollas o choros amarillos, cualquiera fuera la época del año y cualesquiera fueran las disposiciones vigentes en épocas de veda.

A las once de la mañana llegó a bordo la personalidad esperaba, en compañía de su esposa y tres o cuatro hijos. Tras la recepción oficial del caso, juntos nos trasladamos al puente de mando e inicié la maniobra de zarpe. Ya fuera del canal Tenglo, rumbo al sur, el atento pasajero pidió la carta del puerto de sus amores,

llevándose una enorme sorpresa cuando se le informó que ni siquiera había un croquis oficial de esa caleta que en la carta general de Chiloé apenas si figuraba como una hendidura más en la arrugada costa de Isla Grande.

—No importa, comandante —advirtió— si Ud. me lo permite, con todo agrado lo ayudaré en el momento oportuno; conozco ese puerto como la palma de mi mano.

—Mucho se lo agradeceré, señor— respondí respetuosamente— porque debo confesarle que es la primera vez que navego en la zona, aun cuando no me es del todo desconocida, ya que, como guardiamarina formé parte de una comisión hidrográfica en la región. Por otro lado aún no he tenido tiempo para imponerme de las condiciones marineras de mi buque, cuyo mando tomé hace dos horas,

Ya en plena navegación, lo invité a pasar a la cámara de oficiales, en donde el incomparable Valdovinos nos esperaba con un verdadero banquete, digno y muy a gusto de expertos en guisos chilotes, como lo eran mis circunstanciales invitados. Terminado el almuerzo, mientras ellos se retiraban en busca de un merecido reposo después de la noche pasada en el poco cómodo tren nocturno de la época, me dirigí al puente de mando preocupado porque todo ocurriera normalmente.

Al atardecer, cuando íbamos rumbo directo al puerto de destino, apareció en el puente el distinguido Secretario de Estado. La escampavía corría a unas diez millas horarias; la costa se acercaba rápidamente. Cuando estimé que estábamos a una distancia conveniente, ordené "media fuerza la máquina".

—Comandante —advirtió mi asesor— estamos todavía lejos; puede seguir usted a toda fuerza un rato más.

Hice caso, naturalmente, a tan precisas advertencias y seguí adelante a toda fuerza. Pocos minutos después, al ver cómo se nos venía encima la costa, ordené "despacio la máquina", sin darme por aludido a una risa y mirada medio burlona... Poco después ordené "para" y dispuse una sonda.

—¡Veinte brazas...!, no hay fondo— gritó el marinero encargado.

—Todavía estamos lejos— advirtió una vez más mi circunstancial asesor.

Esta vez, pese al atinado consejo, seguí adelante solamente con la viada. La costa y la vieja casona se venían encima, las gallinas cargadas de polluelos corrían asustadas, un grupo de corderos lechones arrancaba desesperado. Pedí una nueva sonda.

—Veinte brazas, no hay fondo...!

—Ve, comandante, todavía puede acercarse más.

No alcanzó a acallarse el eco de las palabras anteriores, cuando la noble escampavía varaba en fondo de arena hasta el puente de mando.

—Perdone, comandante —advirtió el profundo conocedor de la caleta—; la culpa ha sido mía porque olvidé que, en este punto, la costa está cortada a pique.

—No importa —respondí galante—; la marea nos es favorable; en pocos minutos el buque desvarará con la misma facilidad como posó su vientre en las blancas arenas. Lo único que lamento —agregué sonriente— es que no haya estado por aquí cerca Valdovinos, porque tengo la seguridad que habría cogido con sus propias manos más de uno de esos preciosos lechones.

Dispuse fuera arriada una chalupa y en ésta se trasladaron a tierra el augusto viajero y su familia. Ordené fondear un anclote por la popa y esperamos subiera la marea. Veinte minutos después estábamos a flote. Desde la playa, el Secretario de Estado y familia observaban la maniobra. Cuando dimos atrás y viramos para zarpar, media docenas de pañuelos blancos se agitaban en tierra, como en señal internacional de "feliz viaje", a lo cual la escampavía respondió con los tradicionales tres pitazos largos.

Fue incuestionablemente, una varada de alto rango.

Habíamos dejado la rada de Punta Arenas, como siempre, a las veintidós horas, lo que nos permitiría llegar de amanecida al "faro negro" —ese impresionante peñón intensamente negro, visible de cualquiera parte del Estrecho, que lleva el subyugante nombre de la hija de David, Tamar— para, luego de cruzar el "cementerio" y faro Fairway, aden-

trarnos en Canal Smith, con tiempo suficiente para recalar de anochecida en puerto Edén y, al día siguiente, muy temprano, cruzar la peligrosa Angostura Inglesa. Esta vez, debía llegar un día determinado a Puerto Montt, para tomar un cargamento de maderas con destino al norte; si me atrasaba, perdería el sitio de atraque en beneficio de un carguero de bandera extranjera.

Lamentablemente las condiciones meteorológicas nos hicieron una mala jugada: el Estrecho nos esperaba con un furioso temporal; y los temporales del Estrecho, ¡caramba que son bravos...! Esto cambió radicalmente nuestros planes de viaje y muy a mi pesar hube de permanecer en el puente largas horas, para recalar a Fairway de anochecida; la "S" del Smith nos sorprendió en plena obscuridad. Una nueva noche en el puente y un nuevo amanecer ya en la Angostura Inglesa. Cuando crucé ésta, dejé en el puente de mando a mi segundo, el inolvidable teniente Mouat, y me retiré a descansar para estar en condiciones a adentrarme de anochecida al canal Moraleda, por el Paso Anna Pink, si la luz lo permitía, o por el canal Darwin, más ancho y seguro, en caso de malas condiciones atmosféricas.

Tan pronto me recosté en mi litera, quedé dormido profundamente, para despertar algo sobresaltado, ya al atardecer: había tenido un curioso sueño. Mi barco se adentraba en una laguna encantada proa a un maravilloso rosal, cuyos fragantes pétalos caían sobre la cubierta en abundancia, hasta llegar al puente mismo; eran tantos, tal su volumen, que la proa parecía hundirse ante el fragante peso.

Me dirigí al puente. Tan pronto mi segundo, dio cuenta de las novedades, lo puse en antecedentes del curioso sueño que tanto me preocupaba.

—Buena cosa, comandante —advirtió éste— siempre usted con sus sueños que por lo general resultan ciertos.

En verdad yo gozaba de cierta fama por aquel entonces con respecto a sueños y supersticiones, al extremo que años después, perteneciendo a la insignia de la escuadra activa, el Jefe del Estado Mayor sufría cuando le narraba el sueño que hubiera tenido la noche anterior; pero ello permitió en más de una oportunidad

estar preparados para lo que pudiera ocurrir, evitando percances a veces graves.

—Comandante —interrumpió Mouat— mucho le agradecería fondeáramos algunas horas esta noche: los oficiales han acordado dar una comida de despedida a nuestro contra maestre que, habiendo obtenido su jubilación, ha sido autorizado por la Dirección del Personal, para desembarcar en Puerto Montt, evitándole las molestias que significaría hacer el viaje por tierra desde Valparaíso, a un rincón del archipiélago en donde tiene su hogar.

—Desde luego —respondí— yo mismo asistiré a esa comida; usted sabe el aprecio que siento por nuestro "boses".

Juntos examinamos la carta de navegación, llegando a la conclusión que forzando un poco el andar, podíamos fondear antes de las nueve de la noche en caleta Balladares. Desde allí, zarpando de amanecida, siempre a andar forzado, llegaríamos justo al sitio de atraque en Puerto Montt a la hora requerida.

Así lo hicimos. Llegamos a Balladares ya cuando había oscurecido, pero con buenas condiciones de tiempo. Esa caleta es sumamente profunda y hay que acercarse mucho a los acantilados de la costa para que el ancla encuentre un tenedero apropiado. Nos acercamos lentamente, con el ancla a la pendura hasta que ésta tomó fondo convenientemente.

La cena en la cámara de oficiales se realizó en un grato ambiente. Todos teníamos especial afecto a Ricardo Antiguay. Yo mismo recordé pasajes de nuestra vida común en el mar: lo había conocido siendo marinero en un destructor, luego pasamos una larga temporada en un crucero y más tarde, fue mi contra maestre en la quinta división de nuestro acorazado y mi colaborador más eficaz en el pañol de granadas de la torre 5. Era natural de Chiloé, y como tal, gran marino, supersticioso incorregible, conocedor de canales y fiordos, creyente fervoroso de leyendas, mitos y personajes regionales. Fue él quien primero me habló de la "ventana del diablo" y mucho sufrió cuando casi nos quedamos haciéndole compañía a su compadre, "el cholga" Barrientos, hundido con su cutter en el Abismo por desobedecer las leyes de Lucifer que prohíben cruzar ese paso a

medianoche. Con Mouat lo había sacado del Apostadero Naval para que nos sirviera como nuestro "boses", en ese transporte de gratas recordaciones.

Poco antes de medianoche me retiré a descansar, para zarpar a las cuatro de la mañana rumbo a Puerto Montt. Antes de hacerlo advertí a mi segundo, que no lo necesitaría en el puente en el momento del zarpe, pues me bastaría hacerlo con el personal de guardia y su relevo.

A las cuatro de la mañana estuve en el puesto de mando. El tiempo había cambiado radicalmente: estábamos ante uno de esos terribles amaneceres de los canales, en que la obscuridad es completa, cuando apenas se divisa la proa del barco; soplabla un surweste arrachado, que ayudado por la corriente de vaciante, hacía trabajar fuertemente la cadena. El buque estaba aproado hacia adentro; la costa no se divisaba ni en sombras. El teniente entrante de guardia atendía a la faena de anclas en el castillo; el saliente, se instaló en el telégrafo a las máquinas listo a cumplir mis órdenes. Se inició la faena de levar tan dificultosamente, que fue necesario dar adelante a media fuerza la máquina para que el cabrestante pudiera funcionar con un ligero alivio; la cadena tesaba como cuerda. El teniente a cargo de la faena no podía divisar la costa y ni siquiera pudo darse cuenta cuando el ancla arrancó; de repente, ésta se le vino encima.

—¡Tierra por la proa...!— gritó desesperado.

—¡Toda fuerza atrás...!— ordené.

Mi orden se cumplió de inmediato y con más prontitud que lo esperado, porque el teniente en el "stand by", colocó "repetido atrás". Todo fue inútil; era demasiado tarde: el barco se incrustó en el monte.

Todos quienes estaban en el castillo, incluso el oficial, alcanzaron a tirarse bajo cubierta mientras una montaña caía sobre nosotros. Era un tremedal cubierto de arbustos, algunos de regular tamaño que cubrían el castillo y la cubierta de proa, llegando casi hasta el puente de mando. Toneladas de tierra fangosa imposibilitaban toda visibilidad.

La máquina seguía dando atrás a toda fuerza hasta que logramos zafar. La proa parecía clavada en el mar,

Repuesto de la impresión, viré a media bahía y detuve la máquina en espera que aclarara el día. Se levantó todo el personal. Instalamos grandes focos de luz y todos los tripulantes provistos de hachas y palas se dieron a la tarea de arrojar al mar árboles, fango y demás. A las ocho de la mañana, después de casi cuatro horas de faena, todo quedó despejado.

Apenas pudimos, nos trasladamos a proa con Mouat para cerciorarnos de las averías posibles y, cual no sería nuestra sorpresa: ni siquiera las pinturas habían sido dañadas, como si nada hubiera ocurrido.

Ya proa al Moraleda, con mi segundo reíamos sonoramente: aquel fragante rosedal de mis sueños, se había transformado en una montaña de famélicos líquenes o canelos anémicos, olor a tierra húmeda, a ciénaga, a fango virgen, a tremedal cimbreante, que, como si fueran realmente pétalos de rosas, nos habían dejado un recuerdo suave y sutil.

Atrás quedaba la laguna encantada.

3.—... Embarqué en las proximidades de Cabo Dungenes: el capitán de ese barco de bandera beligerante, por primera vez navegaba por nuestros mares del sur; no conocía el Estrecho de Magallanes y no deseaba detenerse en Punta Arenas. Por aquel entonces, yo formaba parte del cuerpo de prácticos de canales, servicio que adquirió gran movimiento durante el segundo conflicto mundial. Me cupo, en consecuencia, guiar muchas naves hacia el norte o hacia el sur, logrando conocer muy a fondo la organización, el verdadero espíritu de sacrificio, el sentimiento guerrero del personal mercante de diversas naciones; su temple como hombres de mar.

Entre los hechos que puedo recordar y calificar como verdadero espíritu de sacrificio y amor a la Patria, está aquél que permitía desempeñarse en el servicio activo a quienes, habiendo sido heridos en combate, ya recuperados o semi-inválidos, podían regresar a bordo a un puesto de cubierta o máquinas, para cumplir con eficiencia y valor.

Estábamos en pleno período invernal, uno de esos inviernos terribles en nuestros mares del sur: viento norte casi permanente, lluvias o chubascos, granizadas, cerrazones de nieve, obscuridad casi to-

tal, todo lo cual se complicaba aún más porque los buques debían navegar en condiciones de "black out", es decir, totalmente oscurecidos. Como siempre ocurría que ni el capitán ni los oficiales conocían la navegación por los mares australes, el práctico debía permanecer en el puente de mando todas las horas que fuera necesario hasta dejar el buque navegando en mar libre.

Cuando llegué a bordo, se me notificó que en el camarote del capitán había una litera acondicionada especialmente para el práctico, a la que podría recurrir cuando lo estimara conveniente. Pero como el buque haría el viaje directo al Golfo de Penas, apenas embarqué subí al puente y solamente bajé cincuenta horas después ya en el océano libre, entregando el mando al capitán mientras no entráramos nuevamente a los canales de Chiloé, en demanda del Chacao.

Durante el largo tiempo que había permanecido en el puente, tuve oportunidad de conocer a todos los oficiales que se turnaban de guardia día y noche. Eran jóvenes, niños diré más bien, que poco o nada sabían del arte de navegar, cuyo desconocimiento suplían con entusiasmo, fe, valor y verdadero espíritu de sacrificio.

El capitán era un hombre fogueado en el oficio, que aparentaba unos cuarenta y

cinco años. De aspecto fornido, alto, de buena presencia varonil, charlador entretenido, alegre, entusiasta y al decir de los oficiales un verdadero hombre de mar, de gran experiencia y gran compañero, que sabía hacer llevadera la vida a bordo con su charla amena salpicada de chascarrros o anécdotas relativas a su vida de mar. Reía permanentemente y al hacerlo mostraba una amplia y blanquísima dentadura que sobresalía ante el color de sus labios cubiertos de tabaco. Poseía unos ojos intensamente azules.

Cuando salimos al Golfo de Penas, al anochecer, dejé el buque a rumbo y me retiré a descansar por algunas horas, pues al amanecer debía tomar el Canal Darwin, en demanda del Moraleda. Por primera vez entré al camarote del capitán y dormí pesadamente en la litera que se me tenía asignada. Desperté temprano e inmediatamente salté de la litera para tomar una vez más el mando del buque y fui testigo de un hecho curioso: el capitán roncaba sonoramente, profundamente dormido; digo "el capitán", aunque a todas luces, parte de él no se encontraba entre las tibias sábanas: sobre una mesa de noche descansaban una pierna artificial, un brazo de goma, un ojo de vidrio intensamente azul y una sonriente, amplia y blanquísima dentadura.

¡Sádico e insólito desmembramiento!

